

CONFÍA y SOPORTA

OTÓN MARCIO

Un tiempo, tuve clase con alguien cuyos límites no dejan hoy de sorprenderme. De buena educación, pero constreñida razón, repetía lo que había aprendido y no aceptó más opinión que la propia. Recuerdo —aunque quisiera olvidar o, al menos, entender— que, durante una clase, dijo su punto de vista sobre su ideología —el liberalismo, incuestionado y de importación—; comparándola con el realismo (cosa de “viejitos”, de “un mundo que ya no existe”, dijo), expresó el punto fundamental de la diferencia entre la bondad liberal y lo torcido de los realistas: “Nosotros no actuamos en el miedo y la desconfianza; siempre esperamos que suceda lo mejor”, después se rió. Lógico. Al menos, para ellos.

Como fuere, esa persona no es la única. De gente que espera lo mejor está llena la historia y de buenas voluntades, los cementerios. Para los que viven en el presente no hay gloria mayor que pasar a la memoria de las generaciones futuras, que, tras el pasar de los años, se les recuerde y se les estudie. Los que esperaron que sucediera lo mejor tienen un lugar especial reservado en los libros.

Numerosas son las biografías y los pasajes sobre Chamberlain, quien, con la mejor de las intenciones, intentó apaciguar al austriaco Hitler; se tomaron los Sudetes de Checoslovaquia, pero se había “asegurado la paz”. Sin embargo, la guerra llegó al año siguiente, cuando Alemania invadió Polonia. Caso actual es la Venezuela “bolivariana”; cómo no recordar las voces numerosas de los liberales de izquierda, que hablaban del verdadero triunfo de la democracia, cuando Chávez logró vencer a Capriles en 2012. También se esperaba lo mejor; el “pueblo” había elegido y, en esta lógica, *vox populi, vox Dei*. Seguro, las intenciones no son malas; de todas formas, los resultados suelen ser catástrofes.

En la década de los años noventa, el liberalismo triunfante en el mundo llevó a México —antes cuidadoso frente a su vecino en el norte— a confiar. Esas políticas de antaño no llevarían al progreso, pues, como los científicos liberales habían descubierto, hay tendencias en la historia y una de esas es liberar (liberalizar). Así, el realismo decayó —pues se le vio horrible y artificioso—; la interdependencia traería prosperidad y, con una venda en los ojos, se dio el salto al vacío, hacia la dependencia. Dos décadas después, el país está al borde de la crisis, pues el fin del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) resultaría, en el mejor de los escenarios, en la ruina económica. Se olvidaron que en toda relación de interdependencia hay dependientes e independientes. En México, también se esperó lo mejor. Estados Unidos actuó con habilidad.

Al menos en la humillación histórica, hay un lugar reservado para los que “esperan lo mejor”, para los que engullen sin preguntar, para los crédulos. El mundo no cambia; las tendencias históricas —sin importar nombre— no existen; la confianza política es costosa. El realismo es práctica de imperios; las ideologías, mascaradas imperiales y doctrinas de las colonias. Quien busque el fracaso de los suyos, que lleve el liberalismo a la práctica •